CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

II Trimestre de 2008
"Jesús es maravilloso"

Lección 3
(12 al 19 de Abril de 2008)

La realidad de su humanidad

Dr. Rodrigo P. Silva

Bosquejo de la lección:

1. El misterio de la encarnación
2. Cuestionamientos gnósticos
3. ¿Por qué Él se encarnó?

Introducción

La lección de esta semana habla del ministerio de la encarnación, y su motivo y menciona un grupo, dentro de la iglesia cristiana, que se opone a este concepto desde tiempos remotos, los gnósticos. Sería bueno tener en cuenta que cualquier herejía no consiste únicamente en una presentación totalmente contradictoria de la verdad, sino en un desequilibrio de ella. En otras palabras, una de las estrategias de Satanás para inducir al error es llevar a los hombres a considerar un dato verdadero y sobreestimarlo en detrimento de otro, lo que genera el engaño. Un ejemplo: Somos salvos por gracia, ¿no es así? Pues bien, el enemigo puede incentivar una sobrevaloración tan extensa de la gracia a punto tal de prácticamente anular la Ley de Dios y considerarla obsoleta o abrogada en la cruz. Por otra parte, incentiva como respuesta una sobrevaloración tan exacerbada de la ley que genera un legalismo en el que la gracia casi no tiene oportunidad de actuar. El desequilibrio entre los componentes de determinada verdad es lo que genera doctrinas distorsionadas dentro de la iglesia. Otro ejemplo: La Trinidad está conformada por tres Personas que forman un único Dios. Puedo enfatizar de tal modo la unicidad de Dios que niegue la pluralidad personal de Él, llegando así a suponer que se trata de una sola Persona divina que a veces se presenta como Padre, otras como Hijo y otras como el Espíritu. Por otro lado, puedo enfatizar tanto el pluralismo personal de la Divinidad que puedo generar un tri-teísmo (tres dioses), que también es una manera de distorsionar la doctrina de Dios.

Fue así que el enemigo actuó en el pasado. Así también actúa hoy. En el principio, inculcó en los hombres la idea de que un Dios no alcanza y generó una multitud de ellos (politeísmo). Después dijo que muchos son demasiados, y generó la idea de que no hay Dios (ateísmo).

En el caso de la naturaleza divino-humana de Cristo, la actitud del engañador es la misma. Para unos, él incentiva una creencia exagerada en la humanidad de Cristo, a

punto tal de negar virtualmente su divinidad, haciéndolo, como máximo, un ser humano especial. Para otros, sugiere un énfasis sin límites en la divinidad del Hijo de Dios que casi llega a anular cualquier rasgo de humanidad existente en su persona. Es sobre estos grupos que estudiamos esta semana.

El misterio de la encarnación

Tal vez esta parte de la lección pueda ser introducida con esta pequeña reflexión o confesión teológica: "Cuando estudiamos en varios textos de teología sistemática, nos deparamos con muchas cosas profundas e incluso difíciles de reproducir. La conclusión es que la esencia de Dios todavía está muy lejos de cualquier discurso que intentemos hacer acerca de su Persona".

Me dijeron, por ejemplo, que Dios es Omnisciente, que sabe todo, y que no hay evento futuro que lo sorprenda; que Él no necesita argumentar, puesto que ya sabe todo desde el principio. Confieso que acepté eso por la fe, ¡pero no entendí a Dios! Después, me dijeron que Dios no tuvo comienzo, y que tampoco tendrá fin. Intenté retroceder mentalmente hacia el más remoto pasado que mi imaginación permitió. Pero todavía no pude entender a Dios. Me dijeron que Él es tan grande e infinito que difícilmente habría un espacio que pudiera contenerlo. Mi mente dijo "No" y continué sin entender a Dios. Finalmente, en las clases de Cristología aprendí que Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, haciéndose uno de nosotros. ¡Únicamente allí comencé a entender algo acerca de Dios y desarrollar una capacidad genuina de amarlo como mi Salvador!

La encarnación nos ofrece una bella imagen de la Divinidad. Ella no agota la plenitud de Dios, apenas es una revelación ofrecida por la segunda Persona de la Divinidad, pero es suficiente con respecto a nuestra relación con Él. Es el rostro divino que la humanidad pecadora puede contemplar. Cierta madre llevó cierta noche a si hijito a su pieza para que durmiera. Al salir, ella escuchó a su hijo decir: "Mami, no me dejarás aquí solo, ¿no? Está tan oscuro…" Ella replicó: "Yo sé que está oscuro, pero Dios está contigo…". "Yo sé que Dios está conmigo –lloriqueó el pequeño– pero yo quiero alguien con una cara…".

¡Alguien con un rostro! Ese era el deseo universal de una humanidad pecadora. En Cristo nosotros tenemos a ese Dios y podemos contemplarlo sin miedo de ser exterminados en su presencia.

En 1 Timoteo 3:16 Pablo habla del "misterio de la piedad". Esta expresión griega, *mysterion*, es significativa en los escritos del apóstol. Lo utiliza por lo menos unas veinte veces en sus escritos. Para los adeptos a las religiones basadas en los misterios que se extendían a lo largo del Imperio Romano, el misterio era un ritual o una doctrina que implicaban secretos que únicamente la elite de los iniciados en esa secta podía conocer. Para Pablo, sin embargo, todos podían gratuitamente conocer ese misterio, siempre que lo aceptaran por la fe, pues había sido revelado en Jesucristo. Pablo, además, fue más lejos al decir que ese misterio es el Evangelio, antes oculto, pero ahora revelado, el mismo que él estaba predicando (Romanos 16:25, 26; 1 Corintios 2:1, 6-16; 4:1; Efesios 6:19). Algunas veces el "misterio" hace referencia a un aspecto específico del plan de salvación, como la inclusión de los gentiles en la Iglesia, la transformación de los creyentes en ocasión de la Segunda Venida de Cristo, o la unión de todas las cosas en la Persona de Cristo (1 Corintios 15:51: Efesios 1:9; 3:3, 4, 9).

Sea como fuere, los protagonistas de este gran misterio son: Dios, quien proyecta el plan de salvación y lo revela; Jesucristo, quien lo lleva a cabo en la historia, muriendo por los pecadores; y el Espíritu Santo que convence a los pecadores; y el ser humano que no sólo es alcanzado por ese plan, sino que lo transmite a sus hermanos en todo el mundo.

El misterio, entonces, ha sido montado por Dios, auto-revelado en Cristo, anunciado por los hombres, registrado en la Biblia, y efectivizado por el Espíritu. Todo eso, siempre, en la plenitud de los tiempos (Colosenses 1:26-28; 4:3).

Los cuestionamientos gnósticos

Las primeras distorsiones dentro del cristianismo relativas a la persona de Cristo dieron comienzo en la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana y se fueron intensificando a medida que se llegaba al final del primer siglo y comienzos del segundo. En verdad, los debates conciliares acerca de la persona de Cristo se extendieron hasta aproximadamente el siglo IV. Hoy, curiosamente, muchas de las polémicas en aquellos tiempos están resurgiendo en las declaraciones de algunos teólogos y religiosos que ya no aceptan la divinidad de Jesucristo.

Este resumen histórico podría ayudarnos a entender cómo se fue dando el debate.

La iglesia apostólica comenzó con dos probables centros: Nazaret y Jerusalén (más adelante sustituida por Antioquía). La función de estos centros (con mayor relevancia en el caso de Antioquía, pues Nazaret no pareció ejercer demasiada influencia), era, en mayor escala misionera, en vez de administrativa.

Con la “nueva diáspora” de los apóstoles hacia el mundo gentil, originada por las persecuciones iniciadas por Herodes, Claudio y Nerón, estos centros originales se vaciaron y es difícil creer cómo se ejerció el rol centralizador en ese período. A partir de entonces, las iglesias que se fundaban por el trabajo de un apóstol o misionero se caracterizaban como una comunidad de ese discípulo y tenían un comportamiento particular en relación a las iglesias fundadas por otro predicador. En otras palabras, las comunidades eclesiales se administraban a sí mismas, y su unidad se lograba por el trabajo de aquél predicador pionero (podía ser Pablo, Pedro u otro). Pero eso, está claro, no niega el ideal de una unidad mayor en el cristianismo ni debe servir de modelo para la organización de la actualidad, pues era una situación especial ante la persecución, y por medio de la cual la iglesia pudo sobrevivir, ¡una realidad muy diferente de la Iglesia Adventista de nuestros días!

Las iglesias en esta época eran todas “iglesias de hogar” (*domus ecclésiae*) y no con un templo propio como los que hoy tenemos. Los cristianos se reunían en la casa de algún convertido del grupo que tuviese mayores condiciones para que se reunieran los demás (Romanos 16:5; 1 Corintios 16:20; Colosenses 4:5). Así, una comunidad específica (la iglesia de Efeso, de Esmirna, de Corinto, etc.), podía estar compuesta de media docena de familias, o menos. Además, es probable que en una misma ciudad (especialmente en las metrópolis), hubiera más de una iglesia cristiana, fundadas por diferentes apóstoles.

En algunos casos, una iglesia podía incluso rivalizar con otra, tal como podemos entender de lo que se menciona en 3 Juan 9-12. Gayo y Diótrefes tal vez hayan sido jefes de diferentes comunidades que estaban en la misma ciudad. En este sentido, es razonable suponer que cada una haya sido fundada por un misionero diferente (tal vez una por Pablo, y otra por Juan). Sea como fuere, ¡el trabajo de unificación de las iglesia no debería haber nada fácil en aquella época!

Entre los años 70 al 90 d.C., hay un lapso de silencio que no nos aclara mucho cómo estaban las relaciones jerárquicas dentro del cristianismo. Es probable que, con la ausencia de los apóstoles, ya muertos, quedando únicamente Juan, el liderazgo local haya sido ejercido por líderes no demasiado consustanciados con la predicación apostólica, o con un liderazgo centralizado en Antioquía (que tal vez también se haya diluido a causa de la persecución).

Así, podemos ver –especialmente en los escritos de Juan– la preocupación respecto de los movimientos disidentes, cada vez más extendidos dentro del cristianismo. Y la tónica de su mensaje parece ser la naturaleza de Jesucristo La segunda carta que Juan probablemente escribió después de haber salido de la isla de Patmos, revela la existencia de grupos separatistas (2 Juan 2:18-27), con respecto a los cuales él no ahorra energía en denunciarlos. ¿Qué grupo o grupos serían estos?

1. El plural utilizado (anticristos y falsos profetas) puede indicar tanto los miembros de un mismo grupo, como a los líderes de grupos distintos.
2. Los herejes combatidos presentan distorsiones teológicas en sus enseñanzas (2 Juan 1:5 – 2:11).
3. A menos que 1 Juan 4:5 sea una hipérbole, los cismáticos serían un grupo numéricamente bastante expresivo.
4. Por el testimonio de la patrística, esto es, de los primeros escritores cristianos en escribir libros a partir del fin del primer siglo de la era cristiana, es probable que se trataran de ciertos grupos de orientación gnóstica: ebionistas, docetistas, liderados por un tal Cerinto que se había convertido en un enemigo del apóstol Juan.

¿Qué enseñaban tales grupos?

Como no tenemos a nuestra disposición sus escritos, debemos intentar una vislumbre de sus enseñanzas a través de los ojos de Juan. Como se trata de un análisis de un escrito apologético, es posible que podamos ver las afirmaciones lapidarias del pensamiento cismático en las afirmaciones reunidas por Juan de lo que podrían haber sido los eslogan más caracterizados del pensamiento disidente. Muchos de esos grupos podrían haberse originado antes de la salida de Juan de la isla de Patmos. Una vez que el apóstol retornara a Efeso, debe haberlos encontrado esparcidos por la comunidad cristiana de otros lugares. Notemos que él hace un llamado hacia el mensaje que habían escuchado en el principio, lo que indica un evangelio más antiguo y que ellos habían abandonado. Recordemos que este análisis puede referirse no sólo a un grupo, sino a varios.

1. <u>Cristología:</u>
   - Negaban la preexistencia de Jesús, aunque aceptaban la preexistencia de Cristo (1 Juan 4:2, prólogo de Juan).

- Disociaban a Jesús de Cristo, como si fueran dos entidades separadas. Notemos que Juan es el único en utilizar (más allá del binomio característico de "Jesucristo") el modo identificativo de "Jesús es el Cristo" (Juan 20:31; 1 Juan 2:22; 5:1).
- Negaban el carácter mesiánico de Jesús (1 Juan 2:22).
- Negaban la relación Padre-Hijo en la Divinidad, y la propia filiación divina de Jesucristo (1 Juan 2:22, 23; 5:5).
- Negaban la filiación divina del Mesías (tal vez esta idea fuera de origen judeo-ebionita, o seguidores de Juan el Bautista, pues no aceptaban la divinidad del Mesías venidero) (1 Juan 5:20).
- Negaban la encarnación de Cristo, esto es, su humanidad real (docetistas). Aquí tenemos dos grupos distintos. Los docetistas (puros", que negaban cualquier realidad en la humanidad de Jesús, diciendo que Él sólo "aparentó ser un humano"; y los docetistas "adopcionistas" que enseñaban que el espíritu de Cristo vino sobre un hombre llamado Jesús de Nazaret y que lo "adoptó" como Hijo de Dios. Es probable que algunos docetistas puros incluso creyeron en la existencia humana de Cristo, pero que la consideraran insignificante desde el punto de vista de la salvación.

2. <u>Ética de la conducta (desde el punto de vista soteriológico)</u>

Para Juan, la insistencia en una cristología herética producía un comportamiento ético igualmente distorsionado, pues era el tema de la salvación el que estaba detrás de ese debate.

Los herejes entendían que:

- La sangre de Cristo no era esencialmente necesaria para la salvación (1 Juan 1:7: 5:6; 2:1, etc.).
- Tal vez por su orientación gnóstica, algunos iniciados en el grupo suponían haber alcanzado una condición superior a la pecaminosa, lo que incluía los pecados personales. Así, había gnósticos que evitaban satisfacer los apetitos de la carne (perfeccionistas) y aquellos que vivían satisfaciendo sus placeres, pues decían que su mente estaba por encima del cuerpo y quedaba manchado por las actitudes de éste. Ambos tenían el objetivo de negar la importancia del cuerpo. Juan corrige ambos pensamientos extremos (1 Juan 1:8-10; 3:6-10; 5:18).
- Negaban la importancia de los mandamientos para la carrera cristiana (1 Juan 2:2, 3; 5:2, 3), especialmente en el pasaje del versículo 3:4, donde la expresión *anomia*, traducida como "transgresión de la ley", sería mejor entendida como "negación de la ley"

3. <u>Posición gnóstica</u>

Los separatistas de la comunidad juanina tenían una tendencia docetista (1 Juan 1:1). Migraron de una idea de un Jesús simplemente humano (ebionismo), pasando por la de un Jesús no plenamente humano, hasta llegar a una apariencia de humanidad. Después, vincularon la preexistencia de Cristo con la preexistencia de los creyentes que vivían previamente en el mundo ideal (platonismo). Produjeron varios evangelios apócrifos en los cuales pretendían reproducir enseñanzas esotéricas de Cristo que sólo debían ser enseñadas a

los iniciados en el grupo. Se trataba de evangelios falsos, está claro, atribuidos a figuras históricas del cristianismo a fin de otorgarle credibilidad a en texto espurio. Así, surgieron textos como el Evangelio de Felipe, el Evangelio de Tomás, el Evangelio de María, etc. Uno de ellos, por ejemplo, el Evangelio de Judas, mostraba Jesús enseñando que la muerte es una cosa bella, pues libera al alma que está prisionera en el cuerpo material. Así, el que mata a otro no es su enemigo, sino el que propicia su liberación. Este grupo, llamado cainita, entendía que Caín, el primer homicida de la Historia, fue un legítimo héroe, y después de él vendrían Balaám. Datán, hasta llegar a Judas, aquél que liberó el alma de Cristo cuando lo condujo hacia la cruz. Además, el texto dice que Jesús habría hecho un acuerdo con Judas para que éste lo traicionase. ¡Cuánta charlatanería! ¿no es así?

¿Por qué Él se encarnó?

La obra de redención llevada a cabo por Cristo comprendía diversos elementos del gran conflicto que estaban, obviamente, centrados en la salvación de la raza humana. Entre estos elementos tenemos el desafío lanzado por Satanás: En el cielo, él había argumentado que la Ley de Dios no era necesaria, pues restringía la libertad de los ángeles. Después de la caída de Adán, amplió su discurso diciendo que la Ley de Dios era demasiado pesada para ser cumplida. Por lo que la caída del hombre no se dio por su culpa, sino por la de Dios que le había impuesto una carga demasiado pesada para ser cumplida.

La ley es la expresión exacta del carácter de Dios. ¡Cuestionar la Ley era cuestionar al Altísimo! Por lo tanto, era necesario probar que Adán y Eva podrían efectivamente haber sido fieles, pues el cumplimiento de la ley estaba a la altura de sus fuerzas. ¿Y de qué manera esto podría evidenciarse? Si únicamente Dios, en la persona de su Hijo, tomara la naturaleza de Adán antes de la caída y enfrentara el pecado como hombre, venciéndolo como Adán podría haber vencido.

Pero queda una parte de la cuestión. Después de la caída de Adán, sus descendientes quedaron más vulnerables a la muerte, al pecado, y al sufrimiento. Estos, al contrario que su ancestro antes de la caída, no estaban en condiciones de cumplir la ley por sí mismos. Estaban condenados y vendidos al pecado. Por la justicia, debían morir. ¿Cómo entonces conciliar a un Dios justo con un Dios misericordioso? Como podemos ver, no bastaba con probar que Adán podría haber permanecido fiel, si lo hubiera querido. Eso disculparía a Dios, pero no salvaría a la humanidad.

Entonces, la Divinidad se encarna con la naturaleza de un Adán sin pecado (para mostrar la viabilidad de la obediencia), pero lucha con un cuerpo marcado por casi cuatro mil años de consecuencias de la transgresión. La naturaleza, entonces, era anterior a la de la caída, pero el cuerpo, posterior a ella, para que no hubiera ventajas en Cristo que pudieran comprometer la seriedad de la prueba. En otras palabras, Dios no se tomó ningún atajo.

Como vemos, no alcanzó que Cristo fuera sacrificado en lugar del hombre, o su objetivo fuera únicamente mostrar que Dios estaba en lo correcto. El tuvo que hacer las dos cosas: además de revelar a Dios a una humanidad que ahora huía de Él. Fueron esas

las razones que hicieron necesaria su encarnación, que lo llevaron a convertirse en uno de nosotros.

Pero hay una cuestión que todavía puede ser esgrimida por algunos. Basados en Hebreos 4:15, entendemos que Cristo fue tentado en todas las cosas, a semejanza de nosotros (que vivimos después de la caída de Adán), pero sin pecado (a semejanza de Adán antes de la caída). Eso, ¿no colocaría a Cristo con una cierta ventaja sobre nosotros? ¿Cómo pudo Él ser tentado en todas las cosas si muchas de las tentaciones modernas no existían en su tiempo? Jesús no experimentó todas las pruebas que circulan por ahí. El nunca supo lo que es ser víctima de un estupro, ser abandonado por la esposa o tener una familia asesinada por un traficante de drogas. Tampoco supo lo que es resistir a la tentación del cigarrillo o a las tentaciones virtuales de Internet. ¿Cómo Él pudo ser tentado *en todo*? ¡Hay tentaciones que son solo mías y son de nuestros días! Jesús no puede decir que me entiende, pues no atravesó aquellas experiencias que hoy tengo que pasar…

Pues bien, respondiendo a estas preguntas, recordemos que el hecho de que Él haya tenido una naturaleza sin pecado no lo coloca en un plano ventajoso en ningún modo por encima de nosotros. Por el contrario, esto era incluso una desventaja. Razonemos: ¿Quién está más sujeto o sensible a cualquier clase de suciedad? ¿Una ropa sucia o percudida, o aquella blanca reluciente, nueva, recién comprada? Si llevamos las dos clases de prendas a un lugar con mucha polvareda y preguntémonos ¿Cuál de ellas es afectada más rápida y visiblemente con la suciedad del lugar? El obvio que la prenda más blanca. Estar completamente limpio y puro en tal situación supone ninguna ventaja; al contrario, hace que el más limpio esté más sujeto a la suciedad que lo rodea.

Hay todavía un elemento más. Jesús podía en cualquier momento librarse de aquella situación retomando el poder que tenía en el Cielo. Eso lo pondría en una situación más incómoda que la nuestra. Al final de cuentas, ¿qué es peor? ¿Sentir alguna picazón y no poder quitársela por estar con las manos atadas, o sentir picazón y no poder aliviarla aún estando con las manos libres? Esta segunda situación es definitivamente peor, pues es necesario no sólo controlar la voluntad, sino el propio impulso, cuando no hay nada externo que me impida obtener el alivio inmediato. Imagina que Jesús, a diferencia de nosotros, podría haberse librado del dolor en cualquier momento. ¡Y esa era una condición mucho peor que la nuestra!

Con estos elementos en mente, podemos decir que, si hubo alguna ventaja al equiparar la lucha de Cristo y la nuestra, ¡esta no estuvo del lado del Salvador! Sumemos a esto el hecho de que nosotros sufrimos las consecuencias de nuestro pecado o –como máximo– las consecuencias indirectas de nuestro pecado en aquellos que nos rodean (un hijo, por ejemplo, que nace con cierta enfermedad producto de los vicios de sus padres). Pero Cristo sufrió las consecuencias de cosas que Él jamás cometió. Y peor aún, no sólo sufrió las consecuencias del pecado de las personas que lo rodeaban, sino la de todos los males del mundo entero y de todas las edades. Por más exagerado que pueda esto parecer, el dolor de Cristo, especialmente en el Jardín del Getsemaní y en el Calvario, fue el mismo dolor que sentirán los impíos en el lago de fuego y azufre. Su separación del Padre fue la del Juicio Final en su sentido más pleno, sin ninguna mezcla de misericordia. Es por eso que, aún cuando alguien que era crucificado podía demorar días en morir, Jesús falleció en unas pocas horas. Elena de White dice

en *El Deseado de todas las gentes* que su sufrimiento espiritual fue tan intenso que el dolor físico de la cruz se convirtió en un mero detalle.

Con respecto a las demás cuestiones relacionadas con el hecho de que Cristo necesitara experimentar toda clase de sufrimientos por nosotros para justificar el texto de Hebreos 4:15, debemos entender que Él no necesitó experimentar cada situación específica para comprender el dolor de todos. Alcanzó con enfrentar el mal en su raíz y eso Él lo hizo con mucha propiedad. Aún nosotros, como seres humanos limitados que somos, no necesitamos pasar de manera exacta el dolor de un compañero para decir que lo comprendemos. No importa el lugar, si es un dolor de muelas, o un dolor de cabeza, ¡el dolor es siempre dolor! Aún cuando no estemos sufriendo de manera exacta el dolor de un semejante, sólo por haber sufrido otras clases de angustias, podemos decir que nuestras experiencias son análogas una con la otra y nos entendemos. Pero más que eso, Cristo enfrentó el pecado y sus consecuencias en su grado sumo. Tal experiencia lo legitima no sólo como nuestro Sustituto, Salvador e Intercesor, sino –más todavía– como nuestro Sumo Sacerdote que puede "compadecerse de nuestras debilidades". Es curioso el hecho de que el verbo "compadecer" provenga del latín ***compassivus*** y que literalmente quiere decir "sufrir con", "padecer al lado de…". Jesús es un Dios compasivo que no emite conceptos teóricos sobre el sufrimiento, sino que sufre con nosotros y al lado de nosotros, y que anhela el fin del pecado, la muerte y del sufrimiento humano.

Dr. Rodrigo P. Silva
Profesor de Teología
Seminario Adventista Latinoamericano de Teología
Univ. Adventista de San Pablo – Campus II



Traducción: *Rolando D. Chuquimia*